

Resistencia

Cuando no se cree en las instituciones ni en nadie, la prensa puede convertirse en un instrumento de gran inutilidad. En nuestro cotidiano estado de disimulo, la denunciología es más un círculo vicioso que un esfuerzo por mejorar el entorno social. Urge un cambio de mentalidad en la prensa tradicional, esto es, separarse de la dependencia del Estado, los partidos políticos, la denunciología, y adentrarse en otros universos

■ **Humberto Jaimes**



a la información

En Venezuela es palpable la creciente frustración ciudadana respecto a las toneladas de noticias divulgadas por la prensa en los últimos años. Pareciera que el esfuerzo de editores y periodistas por llevar informaciones de "interés nacional" a la audiencia se ha ido convirtiendo en una suerte de mensaje sin destino, en un mensaje rechazado de plano por un público escéptico, que no cree en sus instituciones y se ha refugiado en nuevos espacios comunicacionales en los que se abordan temas "frívolos" y distantes del "interés nacional".

Y es que investigaciones a nivel mundial han demostrado que se está produciendo una *ruptura* en la forma en que los ciudadanos reaccionan ante la prensa, proceso que refleja el aprendizaje social experimentado durante varios años de convivencia con los medios de comunicación y las nuevas demandas que al respecto han surgido. A lo que hay que añadir el aporte dado por la nueva tecnología, en especial Internet, que brinda al cibernauta más independencia en la búsqueda de información y menos dependencia de los periodistas o editores, ese selecto grupo de profesionales de la información que bajo sus va-



lores, ideologías y rutinas periodísticas solían fijar la agenda de temas “importantes” para la opinión pública.

Una ponencia del investigador mexicano José Carlos Lozano (Instituto Tecnológico de Monterrey) sobre consumo y lecturas negociadas de noticieros televisivos en México (2000) reveló datos interesantes que podrían servir de referencia a la realidad venezolana y latinoamericana. Aunque sería difícil resumir la variedad de datos que maneja el investigador, su trabajo muestra *comportamientos* de la audiencia respecto a la televisión los cuales podrían ser un verdadero sacrilegio para no pocos veteranos periodistas y editores.

Las investigaciones de Lozano revelan que la audiencia a veces no cree en los noticieros o piensa que sus informaciones son *manipuladas*; que los noticieros pueden producir *confusión* y son reiterativos en sus informaciones; y que hay personas que ven un noticiero no por su calidad sino por mera *costumbre*. Lozano se pregunta: “¿Qué tan pasiva o activa es la audiencia al recibir e interpretar información televisiva?”; “¿qué tipo de lecturas realiza de los contenidos noticiosos?”.

Hay múltiples factores que influyen en la lectura que hace la audiencia acerca de los noticieros entre los que cabe mencionar género, clase social, etnicidad y procedencia, pero uno de los que más está influyendo a nuestro modo de ver es el *cambio generacional*, fenómeno que de uno u otro modo se vincula a los factores mencionados anteriormente.

A mediados de los años noventa surgió en Caracas el semanario *Urbe*, dirigido al adolescente y adulto contemporáneo que demandaba un medio con información en torno a bandas musicales, modas, sexo, locales nocturnos, en fin, un medio cuya política editorial nada tenía que ver con las inefables declaraciones de dirigentes políticos, los clásicos enfrentamientos en el Congreso, la privatización de las empresas del Estado y los homicidios de los fines de semana. Con una iconografía psicodélica y un lenguaje surrealista, a lo sumo *Urbe* abordaría los temas de la clásica agenda noticiosa venezolana desde una perspectiva informal y personal. Por ejemplo, ¿consumía marihuana Jorge Roig, aquel diputado de la casi extinta Causa R?



Las investigaciones de Lozano revelan que la audiencia a veces no cree en los noticieros o piensa que sus informaciones son manipuladas; que los noticieros pueden producir confusión y son reiterativos en sus informaciones; y que hay personas que ven un noticiero no por su calidad sino por mera costumbre.



Para tener una idea de cómo piensan las nuevas generaciones de ciudadanos (e incluso periodistas) citemos una edición de *Urbe* con motivo de los 39 años del 23 de enero de 1958, fecha simbólica en la que se instauró la democracia representativa en Venezuela. Su portada no podía ser más elocuente: “23 de enero. *Qué ladilla los políticos*”. En las páginas interiores, en un tono sarcástico y apocalíptico, un trabajo sobre “tan ilustre” fecha describía a la clase política como una casta de personajes extraños a la juventud, irresponsable, autista, casi “extraterrestre”. A la par, a los medios de comunicación oficiales se les describía como parte del pesimista espectáculo que gira en torno al Estado: “Las noticias... se ponen tediosas. Un breve clic al control y la señal salta al canal ocho. En el canal del gobierno los políticos tienen cancha abierta para pronunciar todas las *barbaridades* que les dé la gana... sus rostros se confunden y para cualquier persona observar tan-

tas corbatas y bigoticos es una *tortura*”. (Subrayado nuestro).

El pesimismo es evidente y deja ver la *resistencia* ciudadana hacia la agenda periodística venezolana que lleva varios lustros en primera página o abriendo los noticieros.

El concepto de *resistencia a la información* fue expuesto por Jean Francois Revel en *El conocimiento inútil*, obra galardonada en Europa a finales de los años ochenta por su agudeza. Dice Revel que la información constituye el elemento central de la civilización del siglo XXI. Pero el pensador no lo asumía en un muy tono optimista, pues a su entender en la misma medida que abunda información, abunda la posibilidad de la manipulación y de la falsedad institucionalizadas. El propio Revel acuña en el título de marras: “La primera de todas las fuerzas es la mentira”, y describe variados casos de sistemática censura o manipulación de información en Europa.

Que los lectores de *Urbe* al igual que otros miles de ciudadanos repudien la “agenda periodística” a la que estamos acostumbrados los venezolanos desde hace varios lustros es un fenómeno *in crescendo* que se explica por la forma en que los vicios de un Estado en permanente crisis han filtrado la prensa. Varios estudios de opinión realizados por la revista *Sic* en los años noventa ya revelaban cierto pesimismo juvenil respecto a la política y los políticos, quienes, huelga decirlo, se han fusionado con el concepto mismo de Estado dada la alta simbiosis entre los partidos políticos, el Estado, y los gobiernos de turno.

Una de las características de la prensa venezolana es la preponderancia informativa que ha concedido a los asuntos de Estado o gobierno, es decir, a la *política*. Para algunos editores esa característica podría ser una virtud pero para la nueva generación de lectores en ciernes más bien podría tratarse de un terrible *vicio*. Sí, un vicio que aniquila las posibilidades de *apertura* y cuyos orígenes podrían estar en el siglo XIX.

Los grandes periódicos del siglo XIX se crearon como instrumentos al servicio de las disputas ideológicas, partidistas, para esbozar críticas o teorías acerca del funcionamiento del Estado, incluso para los ataques personales. En el fondo este viejo esquema

permanece como un *arquetipo* en la prensa venezolana del siglo XX. La política acaparó y sigue acaparando los grandes titulares, los principales espacios audiovisuales, y apenas es secundada por la información económica o las patéticas informaciones acerca de hechos de sangre. Pero valdría la pena preguntarse: ¿qué tan útil es este esquema cultural informativo para el joven o el adulto contemporáneo corriente?

La sociopolítica de la comunicación en su teoría clásica argumenta que el ciudadano *demand*a información sobre su entorno y en función de ello exige respuestas del Estado. Empero este criterio no deja de ser una feliz ingenuidad académica en una sociedad como la venezolana, donde, como recalcó Arturo Uslar Pietri: "*El Estado está en todas partes y en ninguna*". La ausencia del Estado es real, se constata diariamente cuando no hay respuesta posible a las miles de peticiones ciudadanas formuladas a las "autoridades competentes" para que resuelvan cualquier descalabro urbano.

También la teoría clásica sostiene que la información difundida por los medios pone al ciudadano al tanto de los factores que afectan su entorno y de esta manera lo ayudan a *tomar decisiones*. Pero la realidad es otra. Cuando la información que emana de los voceros del Estado a través de los medios no conduce a una acción concreta, a construir una bendita autopista entre dos pueblos arrasados por torrenciales lluvias, ¿sobre qué fundamentos puede fundamentarse una toma de decisiones? A ello agreguemos la peculiar forma de entender la democracia en Venezuela, sea representativa, participativa o *revolucionaria*. Todavía cuesta que los ciudadanos participen en decisiones importantes que no sean elecciones de autoridades sindicales, municipales o estatales.

LA DENUNCIOLÓGIA Y LA DECLARADERA

El culto a la palabra oficial y la denunciología, probablemente son dos de los más terribles vicios de la prensa venezolana.

El culto a la palabra oficial, rasgo que en el gentilicio criollo conocemos con el término "declaradera", es la medida exacta de cierta idiosincra-

“

Que los lectores de Urbe al igual que otros miles de ciudadanos repudien la "agenda periodística" a la que estamos acostumbrados los venezolanos desde hace varios lustros es un fenómeno in crescendo que se explica por la forma en que los vicios de un Estado en permanente crisis han filtrado la prensa.

”

sia inmiscuida en los delicados "asuntos de Estado"; es el espejo de cierta mentalidad periodística cultivada en cuatro décadas de *rutinas* a través de las cuales se ha abordado la información oficial. No es otra cosa que la *cultural oral* llevada al extremo en la manera de concebir e informar acerca de los asuntos de "interés nacional". En el fondo de esta mentalidad descansan peligrosos axiomas: *gobernar es declarar*, o bien, *informar es declarar*. Así de sencilla y desastrosa puede ser la perversa relación entre el Estado, los medios de comunicación y la audiencia.

Otro rasgo característico de la prensa venezolana es la *denunciología*. La prensa ha tenido en la denuncia la materia prima de su quehacer cotidiano, bajo la suposición de que "ella contribuye a depurar el entorno social y la administración de la cosa pública". Pero la profunda dicotomía existente entre la denuncia y su *objetivo* nos ha sumergido en el inaudito

círculo vicioso de la *denuncia por la denuncia*, vicio propio de una sociedad cuyo Estado con gran dificultad administra justicia y responde por la ciudadanía. El contrato social entre el Estado y los ciudadanos en función del bien común, como sostenía Rousseau, ha desaparecido ante la impotencia, materia prima de la denunciología.

La denunciología no debe sorprendernos. Para decirlo en términos de José Ignacio Cabrujas, es otro rasgo del "*estado del disimulo*" en el que vivimos los venezolanos desde hace un buen rato; esa pretensión de ser algo que en la vida diaria negamos o evadimos en forma abierta o disimulada. Cabrujas lo describe en forma clara y elocuente: "...Vamos a fingir que somos un país con una Constitución. Vamos a fingir que el Presidente de la República es un ciudadano esclarecido. Vamos a fingir que la Corte Suprema de Justicia (hoy Tribunal Supremo de Justicia) es un santuario de la legalidad. Pero en el fondo, no nos engañemos. En el fondo todos sabemos cómo se 'bate el cobre', cuál es la verdad, de qué pie cojea el Contralor... La 'verdad' no está escrita en ninguna parte. La verdad... es el resorte mediante el cual puedo burlar la apariencia legal...".

Hasta dónde ha llegado la influencia de los medios de comunicación venezolanos para modificar un orden social, un modo de proceder del Estado, una manera de proceder de los propios medios. ¿Realmente ha habido un propósito de modificar ese orden? ¿Es la denuncia una solución a los problemas cotidianos de la sociedad o más bien una parte más de un círculo vicioso indomable?

Esto nos lleva a considerar esa sensación colectiva de que "las cosas no cambian". Pareciera que la agenda noticiosa de un noticiero de hoy es más o menos similar a otro de 1985 o aún antes; pareciera que la posibilidad de *evolucionar* como país y sociedad es bien lejana, pues se diluye día a día entre gritos, alaridos, denuncias, propuestas y declaraciones. Como ejemplo están a la vista los reiterativos "planes de seguridad contra la delincuencia" y otras propuestas oficiales que causan risa cuando no vergüenza.

En 1995, el especialista en opinión pública Alfredo Keller resumió con extraordinaria precisión este senti-

miento: "Tenemos una sociedad anómica. La gente pasó el switche, apagó la luz y no quiere saber más... La dirigencia puede tener una solución pero el problema es que la gente ya no los quiere ver ni escuchar". (*El Universal*, 2 de agosto de 1995)

Aunque Venezuela vivió un proceso de aparente cambio institucional a partir de 1998, los últimos sondeos demuestran que el optimismo inicial que acompañó a la administración del presidente Chávez tiende a desaparecer ante los altos índices de delincuencia, el desempleo y la recesión económica, problemas éstos que existían en igual o menor grado antes de su llegada al poder.

En la juventud ese "apagar el switche" es obvio. Tantos años de discusión pública, denuncias, posturas oficiales en torno a tal o cual problema, han pasado en vano. Verbigracia, la eterna espera de *créditos adicionales* para las universidades públicas y otras instituciones oficiales. Resulta que el crédito "adicional" de "adicional" no tiene nada, por el contrario, es más normal que lo que muchos creen, se ha institucionalizado del mismo modo que se ha institucionalizado la paciencia de los trabajadores de la administración pública que esperan que el Estado algún día pague sus pensiones y jubilaciones. El crédito adicional es otra de las grandes mentiras institucionales a la que el Estado y la prensa rinden culto todos los días.

Es natural que la *resistencia a la información* en la ciudadanía, sobre todo en la juventud, se traduzca en *rechazo a la prensa*. Nadie quiere hablar de ello pero la prensa venezolana ha bajado drásticamente su tiraje, pese a que hace alarde de ser una de las instituciones con más credibilidad en la sociedad. En todo caso, habría que revisar a fondo en qué términos se manifiesta esa credibilidad y en qué contexto, porque cuando no se cree en nada ni en nadie, da lo mismo informarse que no informarse, y cierto tipo de prensa puede convertirse en un instrumento de gran inutilidad.

Urge un cambio de *mentalidad*, pero un cambio solo se daría en la medida que los productores de información cambiaran de patrones de conducta, de *rutinas periodísticas*, se abrieran a otros temas, otras realidades, salieran de las butacas del Con-

greso, de las oficinas de Miraflores, de los pasillos del Banco Central de Venezuela, de los sangrientos fines de semana. Para ello se requeriría sepultar la traumática relación de dependencia de los medios con respecto al Estado venezolano y sus principales usufructuarios: los partidos políticos. Además, del seno mismo de la sociedad deberían nuevos actores y nuevos discursos ser capaces de trastocar la forma en que han actuado la prensa y el Estado venezolano, un binomio no muy sano. ■

■ **Humberto Jaimes**

Periodista. Cursa la Maestría en Historia de América en la Universidad Católica Andrés Bello.

